

## PRESIDENTE TENDIDO A BALAZOS

Moisés en el Recuerdo

Por Moisés Alcázar

Dichoso yo de proclamarme mártir de la democracia y de ver que mi sangre ha fecundado la libertad de mi Patria.

### BELZU

Encarnizada y sangrienta fue la batalla en Yamparáez el 6 de diciembre de 1848. Centenares de cadáveres diseminados testimoniaban la intensidad de la lucha en la que disputaban el poder los generales José Miguel de Velasco y Manuel Isidoro Belzu. Después de esa acción de armas, recibida con júbilo por los pueblos de la República, Belzu, el vencedor, se instaló en el palacio de gobierno de la capital, vieja casona cedida por el Arzobispado hacía veinticinco años, para que sirviera de alojamiento al Mariscal Sucre.

De los campos de Yamparáez surgió un caudillo militar, diferente a los que le habían precedido. El general Belzu originó una verdadera evolución social en el país, hasta entonces constreñido por la fuerza y aplastado por el rudo tacón militar. "En la jornada de Yamparáez —escribe don Alberto Gutiérrez— no sólo habla surgido un hombre nuevo, que se llamaba Belzu en lugar de Velasco, sino que hablan triunfado, a falta de ideas nuevas, a lo menos prácticas y sistemas políticos que no tuvieron oportunidad de ensayar los caudillos militares de la era primitiva".

Tras la victoria que le había encumbrado en la primera magistratura de la República, el nuevo presidente intentó reunir en abrazo fraterno a todos los bolivianos y con este propósito dictó un decreto de amnistía llamando a colaborar a los hombres más representativos. Sus intenciones escollaron con la oposición de gentes de alcurnia que no le perdonaban el despojo de sus privilegios, y al sentirse frustrado se echó en brazos de la plebe, base y sustentación de su gobierno, enorme fuerza popular que por primera vez intervenía en la vida pública del país.

Enconado por este desaire de las clases distinguidas, estimuló la violencia de turbas irresponsables cuyos instintos dormidos incitaba con la prédica reivindicatoria de sus derechos hasta entonces conculcados por los que él llamaba "aristócratas", espectando impasible el frecuente desborde contra la propiedad privada, verdaderos malones que dejaban saldos trágicos de destrucción y de muerte.

Envuelto en el torbellino demagógico sentía secreta fruición al hacerles sentir todo el rigor de su poder inmenso; algunos intentos subversivos fueron reprimidos por el procedimiento sumario de la acción multitudinaria. Infelizmente, ese turbión popular que irrumpía en la escena política carecía de elementales nociones de cultura y concepto de clase, pues creía que debía entregarse, respaldado por la impunidad, al crimen y al pillaje.

Su defectuosa formación espiritual y la carencia de disciplina, le convertían en instrumento disponible para cualquier aventurero. Impulsado por apetitos nunca satisfechos, creía que sólo tenía derechos y ninguna obligación: hombre sin la nobleza que obliga, —sine nobilitate— habría dicho Ortega y Gasset.

Don Gabriel René Moreno escribió a propósito de esa violencia irresponsable y su predominio imprudente, estos conceptos lapidarios: "¿Cabe alimaña más dañina en la sociedad que el cholo abogado, ni gato-montés más rapaz y bravío que el cholo mandón? La propensión de la casta tiende como es notorio al ocio, a la reyerta, al servilismo y la intriga, gérmenes del bochinche y del caudillaje; bien así como de otro lado, la estupidez y amilanamiento del indio incásico se amoldan a punto para perpetuar en la sociedad el despotismo".

Si esto pudo ser así, no era menos cierto que Belzu inició intuitivamente la gestación de uno de los más importantes fenómenos sociales —que culminó después como fuerza viva y definitoria— despertando en las masas hasta entonces ausentes del ejercicio político, la noción de su poder incontrastable.

Fomentada la lucha de clases, el estado social de la república presentaba, hacia cien años, un cuadro desolador. La presión de esa densa porción mayoritaria imponía rudo despotismo en nombre del caudillo que delegaba su poder represivo en ese conjunto inorgánico desorbitado, sediento de justicia.

"Cholos —les decía el gobernante invitándoles a la depredación— mientras vosotros sois del hambre y la miseria, vuestros opresores que se llaman caballeros y que explotan vuestro trabajo, viven en la opulencia. Sabed que todo lo que tenéis a la vista os pertenece, porque es fruto de vuestras fatigas. La riqueza de los que se dicen nobles, es un robo que se os ha hecho".

Y la plebe ensoberbecida se desbordaba apoyada en la explícita autorización del presidente.

Languidecía así "supeditada por la avilantez mestiza del militarismo pretoriano" que preconizara Nicomedes Antelo, la clase ilustrada hasta entonces directora y gobernante. Sobre ella gravitó, con empuje bravío, el formidable ejército popular gigantesco. Porque Belzu sabía embriagar a esas multitudes exaltadas con los elixiris del amor y del odio, azuzándolas, para que en los arrebatos de su protesta, aplastara a sus enemigos al embate aterrador de sus venganzas.

Cuánto fanatismo despertaba ese hombre singular. Idolatrábanle las legiones fervorosas que le sostenían con generoso desprendimiento porque velan en él encarnación de sus ideales y símbolo de sus aspiraciones. Aclamado con frenesí el entusiasmo popular llegaba a extremos increíbles. Con arrobamiento casi místico, sus parciales, cholos de faz bronceada y manos encallecidas, admiraban al Mahoma, redentor de injustas pretericiones. En su concepción apasionada le tenían por un predestinado, dotado de dones celestiales que podía atraer hasta la lluvia bienhechora sobre los campos y sembradíos mustiados por la sequía pertinaz.

Después de Dios creían en su santidad, su talento de conductor y estadista, y porque era convicción sincera, las legiones ardorosas se compactaban en un solo núcleo vengador cuando los aristócratas atentaban contra el poder o la vida de su ídolo.

Sabia el caudillo obtener ventajas de esa veneración departiendo con sus partidarios, mostrándose llano y simple, siempre dispuesto a tolerar los desbordes y las explosiones de su angustia contenida. Estimulaba también la ambición, asegurándoles que el sucesor sería un hombre de "poncho y de chaqueta", exponente de la gleba despreciada por los privilegiados. Interesante y acertado es el retrato que hace del caudillo el historiador Alcides Arguedas:

"Su mismo rostro delgado y pálido, de tez mate y encuadrado en una espesa y negrísima barba, tenía la fineza de una figura de Cristo concebida por el genio atormentado de algún Montañés criollo, y en los ojos negros y profundos ardía la llama de todas las fuertes pasiones. Físicamente tenía toda la apariencia de un morisco y se le conocía familiarmente con el apodo de Árabe. Habla nacido en 1808 en un pueblecillo del yermo andino, y de muy joven dedicó a la carrera de las armas, la sola que en aquellos tiempos lucha y encono político podía ofrecer horizontes de ancha perspectiva a la imaginación de mozos acomodados, aunque nacidos en de cuna. Poco o nada propenso a las solitarias labores del libro, estaba sin embargo dotado de un talento flexible y muy adaptable disponía del privilegiado don de descubrir por la actitud, y la inflexión de la palabra la secreta intención de sus interlocutores..."

\* \* \*

Una noche de junio de 1859, los alumnos de colegio Seminario continuo al palacio de gobierno, habían arrojado al patio de la morada presidencial, por encima de los tejados, un muñeco negro de barba rizada adornado con la banda tricolor, como un desafío al presidente contra el que se hallaban fuertemente prevenidos por haber confinado a lugares insalubres y remotos, a dos de sus compañeros que le negaron el saludo en una de las calles de la histórica ciudad de Sucre.

Lejos estaban de sospechar los traviosos estudiantes que esa humorada juvenil provocara la cólera del mandatario: envió, al día siguiente, una compañía de soldados para castigar a los autores del desacato y a justo por pecadores, pues cuarenta de ellos fueron flagelados por robustos mocetones ejercitados en el manejo del látigo y el garrote. El castigo, además de lacerar los cuerpos, generó vehemente deseo de venganza, y uno de ellos —Juan Sotomayor— tomó para sí la misión de lavar la afrenta con la sangre del "árabe", aunque en verdad los entusiasmos juveniles no pasaran del ardor verbalista y los proyectos utópicos.

Desde ese momento golpeaba su cerebro la idea de eliminar al caudillo, pues la violencia desatada con el apoyo de las turbas, hacía intolerable. Un incidente inesperado contribuyó a precipitar los trágicos sucesos que anegaron ese año en una ola de sangre al país. El Congreso rechazó la indemnización que solicitara el coronel Agustín Morales por el saqueo de su casa comercial de Cochabamba a principios de marzo de 1849, al estallar una revolución ballivianista sofocada sangrientamente por la plebe enfurecida. A 167.328 pesos alcanzaba el monto de la petición, pago que Morales estaba seguro de obtener por sus vínculos de amistad con el presidente Belzu a quien visitaba para mostrarle adhesión incondicional. Sus expectativas se desvanecieron al conocer la negativa, encendiendo la hoguera de sus rencores contra el gobernante, convencido de su influencia en la decisión camarál.

Se guardó de exteriorizar la cólera que como en trance demencial inflamaba su despecho. Disfrazó sus intenciones con natural disimulo; sonriente y comedido frecuentó con mayor asiduidad la mesa presidencial, velando con amistad fementida, su siniestra determinación, con el firme propósito de constituirse en el brazo vengador del pueblo sojuzgado. La eliminación del caudillo era ya convicción creada a través de una propaganda intensa, alimentada desde el exterior por los proscritos, que habían tejido, mediante agentes poderosos y activos, la malla sutil de la conjura. Sólo faltaba quien tomara para sí la hazaña, y la denegación de sus derechos empujó al rudo militar a la acción vitanda.

Veinte días después de haber investido el Congreso constitucionalmente al general Belzu del mando supremo de la República, el 6 de septiembre por la mañana, el Senado eligió su presidente al coronel Manuel Laguna, militar chuquisaqueño que contaba entre sus méritos de adhesión al caudillo, presidir el Consejo de Guerra que juzgó y condenó a la última perla al coronel ecuatoriano Carlos Wincendon, ejecutado en la plaza mayor de La Paz un año antes, inculpa de ser agente revolucionario del general Ballivián.

A las cinco de la tarde llegó Laguna, el preciso momento en que Belzu se disponía a su paseo habitual, después de la temprana comida, por los rientes alrededores de la ciudad blanca. Acompañado de Laguna y el edecán Ichazo se encaminó al prado, pintoresco paseo de árboles frondosos y plantas floridas.

Rondaba por los alrededores un jinete en su caballo tordillo. Escrutaba inquieto, con las pupilas rusientes, el recodo del sendero estrecho y pedregoso por el que acostumbraba dirigirse el presidente de la República, sin escolta, acompañado de su edecán, después de la comida frugal servida a las cuatro de la tarde. Muy cerca, aunque en distintos puntos, dos hombres espían ansiosos, eludiendo la presencia de algún fortuito transeúnte. Eran los conjurados.

A la entrada de la Alameda, desierta a esa hora tranquila del atardecer, el jinete, coronel Agustín Morales, se reunió al presidente, le saludó con afecto, y juntos prosiguieron el paseo en conversación animada. Súbitamente aparecieron arrebujados en sus capas Juan Sotomayor —el seminarista flagelado— y José Siñani otro de los complotados. Sotomayor disparó su revólver a quemarropa hiriendo la mejilla de Belzu que cayó desvanecido a los pies del agresor. Y la calleja solitaria se tiñó con la sangre del presidente.

El sorpresivo ataque llenó de confusión y pavor a los acompañantes; Laguna y el edecán sólo atinaron a huir despavoridos cuando vieron tendida a la víctima. Entonces Morales picó espuelas a su caballo para destrozar el cuerpo animado con los cascos herrados, pero el noble animal eludía el cuerpo a saltos y cabriolas. Frustrado su intento se inclinó sobre el cuerpo herido y le disparó otro tiro sobre la nuca. "El fuego le quemó el cabello —dice el informe—, la bala le rompió el cuero y no le entró en el hueso, sin duda que rebotó por milagro". Fue el instante que aprovechó Siñani precipitándose sobre el cuerpo acibillado para degollarlo con el cuchillo que

llevaba al cinto, en un acceso de furor homicida. Y ya se hendía la afilada hoja en el cuello del caudillo, cuando le detuvo Morales:

— ¿Para qué? —le dijo— ¡Bien muerto estás!

No creyó necesario seccionar la cabeza del tronco de pobre víctima revolcada en sangre. Muerto, bien muerto, debía estar el caudillo con el tiro de gracia.

Seguro de haber coronado exitosamente su hazaña. Morales galopó por la ciudad con el arma todavía humeante, las greñas alborotadas, la voz enronquecida por los gritos de entusiasmo que anunciaban la muerte "del tirano" por su brazo vengador. Golpeó las puertas de los cuarteles proclamando los nombres de Ballivián y Linares, sin que nadie respondiera a sus incitaciones. Decepcionado, emprendió otra carrera desesperada para ganar la frontera salvadora, porque vio en ese silencio elocuente la reprobación unánime.

¿Qué ocurría, entretanto, en el lugar de la tragedia? No obstante la cuidadosa coordinación del plan, los repetidos disparos a la cabeza y el tiro de gracia en la nuca, Belzu no habla muerto. Salvó providencial mente del atentado, pues si las heridas revestían gravedad, ninguna era mortal. Tres indígenas, mudos y azorados testigos del sangriento drama, condujéronle a una choza humilde levantada a poca distancia, perdida en el follaje. Allí le prestaron los primeros auxilios hasta que recobrarla el conocimiento.

La noticia del crimen se esparció rápidamente por la ciudad horrorizada. De todos los barrios acudió la gente, como peregrinación a un santuario, hacia la Rotonda del prado de la capital. Esa multitud delirante, "poco numerosa: al principio, fue en aumento paulatino hasta tomar las proporciones de un piélagos humano".

Tan pronto hubo la certidumbre de que el presidente no había sucumbido en la emboscada, la alegría rebasó los límites de la ansiedad colectiva. Se echaron a vuelo las campanas de las iglesias que anunciaban, jubilosamente, la salvación del amado caudillo. "Y del fondo de la pesadumbre apenas mitigada —escribe Pardo Valle— saltó, mostrando las zarpas, la furia vengadora. Rugió la masa herida en la entraña de sus más caros sentimientos, y repercutieron en el ámbito de la ciudad egregia ululatos pavorizantes". Iba la compacta muchedumbre entre alaridos de angustia y cólera, los puños cerrados en fiero ademán de vindicta, el gesto terrible: ¡Viva el tata Belzu! ¡Viva nuestro Dios! ¡Mueran los asesinos!

Fue conmovedor el traslado del ídolo sangrante, por i esa multitud agitada como torrente bravío. Quien más, quien menos, se disputaba el privilegio de ver al paciente tendido en la camilla improvisada, "probar la tibieza de su cuerpo, aspirar su aliento" y todos pugnaban por tocar siquiera la reliquia venerada. Así llegó al palacio entre explosiones de dolor sincero y vehementes deseos de venganza. Porque la turba sólo esperaba la confirmación de sus temores para desbordar su cólera y cobrar con sangre impía la sangre preciosa de ese caudillo nacido de los entrañas de la gleba, padre y protector de sus infortunios...

Inmensa explosión de júbilo atronó en el silencio de la urbe blasonada cuando los más afamados galenos de la época que se habían apresurado a atenderle, anunciaron que las heridas no hacían peligrar la vida del "mártir de la democracia". De todos los estratos sociales surgió la caravana visitante al ilustre enfermo. Sus adversarios hicieron también presentes para testimoniarle adhesión a la vez que repudio por el atentado. De este modo, la sociedad chuquisaqueña condenó el crimen borrando sus diferencias con el caudillo. "Y los hijos de Sucre —comenta el historiador Cortés— humillados por un gobierno brutal, no vieron en Belzu al opresor de la patria, sino al hombre revolcado en su sangre, y le prodigaron sus más esmerados socorros".

Al día siguiente, 7 de septiembre, el Congreso decretó por ley suspendida la vigencia de la Constitución; encargó al Consejo de Ministros integrado por el general José Gabriel Téllez, don Rafael Bustillo, don Agustín Tapia y don Tomás Valdivieso, el mando supremo de la República, concediéndole facultades extraordinarias y declarando fuera de la ley a los "insignes asesinos" Agustín Morales. Juan Sotomayor "y demás autores del delito".

Seguidamente dirigió dos proclamas a la Nación y al Ejército, suscritas por el presidente Manuel Laguna, aturdido testigo de la agresión al jefe del Estado. Esas proclamas daban cuenta del atentado "atroz y sin ejemplo en los anales de la Historia", frustrado "por la Providencia que vela por los destinos del inocente". Referíase luego al "insigne traidor Agustín Morales" que para salvación de la patria no había conseguido su siniestro propósito, pues, decía, "vive el General Presidente".

\* \* \*

La diligencia del Congreso al conferir al Poder Ejecutivo facultades extraordinarias y condenar el atentado, de nada valieron. Su presidente, Laguna, fue sometido a prisión, sentenciado después y ejecutado a los doce días en el Prado de Sucre en el mismo lugar donde el presidente Belzu había caído víctima de Morales y sus cómplices. Téllez influyó decisivamente en esa sentencia con el propósito de suprimir a Laguna, sucesor legal del presidente en caso de muerte, para que apartado este obstáculo le correspondiera a él, en su carácter de jefe del gabinete la herencia presidencial.

Pasaron del centenar los desterrados y confinados a lugares distantes, entre ellos mujeres y sacerdotes. Durante días y noches se sitió la casa de Benito López, cuñado de Morales, con ese empeño y crueldad en la caza del hombre. Rendido por hambre fue capturado y aunque el proceso no comprobó ninguna participación de López en el sangriento atentado, pero inculpado de haber hecho un ademán significativo a Laguna interpretado por los jueces como santo y seña, el infeliz fue pasado por las armas con patéticas protestas de su inocencia. Nada consiguieron las gestiones empeñosas de distinguidas damas de la sociedad chuquisaqueña, el llanto desesperado de la madre, los ruegos de la esposa del condenado, porque el implacable Téllez buscaba con su crueldad medios de recomendarse ante Belzu.

El terror no tuvo límites. La fiera mostró sus zarpas amenazantes y la sangre vertida enrojeció una vez más las páginas de nuestra historia. La vida de los adversarios, amedrentados como rebaño pavorido, quedaba a merced de una delación, venganza o un pretexto cualquiera. "Las casas estaban —escribe el citado historiador Cortés— a todas horas a disposición de las partidas de tropa, que a pretexto de buscar a los asesinos, cometían toda clase de vejaciones. A nadie se permitía entrar ni salir de la población, circunvalada por el ejército. Mostrábase la tiranía ostentando un aparato horrible".

Como si fuera insuficiente esta demostración terrorífica, el Consejo de Ministros recurrió a un recurso intimidatorio publicado por bando: el deber de los habitantes chuquisaqueños de entregar en el término de veinticuatro horas "a los asesinos del presidente" con pena de vida para cómplices que los escondieran. Frente al fantasma de la muerte, brillaba la dorada recompensa a los delatores: premios de cien a mil pesos según la categoría de los comprometidos.

Procedimientos inquisitoriales llevaban lágrimas y luto a la sociedad aterrorizada. ¿Cuántos los sacrificados en esa danza macabra de la venganza y la muerte? Difícil es saberlo. Muchos infelices fueron segados por la guadaña implacable. Sus nombres no guardan la historia como si su insignificancia paliara el martirio en esa discriminación injusta de los hombres que no alcanzaron notoriedad.

Traiciones, deslealtades y delaciones hicieron verter mucha sangre inocente. Siñani, el compañero de Sotomayor en la cruenta aventura, había logrado burlar la saña perseguidora. Durante dos años vivió fugitivo, acorralado en sótanos húmedos o espesos matorrales hasta que una denuncia inhumana reveló su escondite y el infeliz fue sentenciado a muerte. Al pie del cadalso quiso limpiar la conciencia: confesó su culpabilidad en el atentado contra Belzu y declaró que el infortunado Benito López era inocente y, por tanto, injusta su inmolación.

Morales y el estudiante Sotomayor, principales actores de la tragedia, lograron poner frontera por medio después de dramática huida,

En los días atormentados de su forzada proscripción, Morales había hecho la apología del tiranicidio. Inspirado en Aristogiton y Harmodio consumó su temeraria hazaña y para justificarla publicó en Valparaíso un folleto destinado a cubrir el oprobio de aquel atentado, esforzándose, además, en compartir la responsabilidad con algunos prominentes políticos que "le estimularon —dice— a salvar la patria de más ominosa tiranía que ha sufrido la humanidad".

No fue el único intento de vindicación. Al defender, en 1864, sus credenciales de diputado por la capital de la República, anuladas por su condición **sub júdice**," expresó entre otros, estos conceptos: "Desconfiado de mis ideas, no seguro de mis juicios, porque, como he dicho, no he cultivado mi razón, me aproximé a todo hombre de buena fe, de patriotismo y de luces; me dirigí a personajes compatriotas míos y extranjeros y les dije: auxiliadme con vuestra doctrina, alumbradme. Yo les pregunté cómo comprendían el gobierno de Belzu, qué era lo que representaba ese gobierno; todos me contestaban: Belzu representa el vandalaje, el pillaje, el asesinato, la barbarie, todos los vicios de la barbarie, todo lo contrario a la civilización. Belzu es el monstruoso engendro de la anarquía; Belzu está fuera de la humanidad, es la furia crinada de los más grandes vicios, de los atentados más extraordinarios, es en fin, el aborto del genio del mal, el oprobio de la naturaleza... Una idea se fijó entonces en mi cerebro, una aspiración vehemente nació en mi corazón... Belzu está fuera de la humanidad, la humanidad no se hizo para él... Esos eran los pensamientos que hervían en mi cabeza y que agitaban mi corazón...". Por eso lo tendió a balazos.

Áspero lenguaje empleado en el templo de las leyes por el bravucón ensorbecido, motivó la reacción violenta de algunos diputados, y uno de ellos enemigo de Morales por razones de emulación política y militar, principalmente porque había matado a su hijo Napoleón en Potosí, el coronel Sebastián Ágreda le cruzó el rostro con el anatema: "Porque es —decía— como el vampiro sediento de sangre humana, le habéis oído, después de un desacato a la representación nacional, repetir que una y mil veces hará lo que hizo en el Prado de Sucre siempre que haya tiranos... ¿Y será posible que este criminal bañado en sangre y dotado de inmortal audacia venga a ocupar un asiento en el santuario de las leyes?."

A los cinco días del fusilamiento del coronel Laguna, —24 de septiembre— el doctor Lucas Mendoza de la Tapia y seis representantes de la minoría, proyectaron restablecer "el régimen constitucional de la República" derogando la ley aprobada el 7 del mismo mes que otorgó al Consejo de Ministros la plenitud de los poderes, manto de impunidad para las atrocidades cometidas hasta ese momento. En inminente trance de perder la vida estuvo ese personaje, uno de los de mayor notoriedad en el país. La Cámara rechazó el proyecto por abrumadora mayoría en medio de una batahola descomunal, circunstancia que aprovechó el general Téllez para enviar dos compañías de soldados "armados, hasta los dientes", al mando del general Gonzalo Lanza con' la misión de disolver el Congreso "y hacerle fuego en caso necesario". Apresados los siete legisladores, fueron conducidos a prisión coreados por insultos y amenazas del populacho enfurecido. Sometidos a proceso, el complaciente Consejo de Guerra condenó a la pena capital al elocuente prócer cochabambino, por influencia de Téllez, dispuesto a fusilar a quien la ley llamara al mando de la República, es decir, que representara obstáculo a sus ambiciones de suceder a Belzu si moría a consecuencia de sus heridas.

Perdió la calma don Lucas al conocer la suerte que le esperaba, pues su cargo de vicepresidente del Senado, apartado el peldaño legal que constituía el coronel Laguna, le ponía en peligro inminente. Sin embargo, la noticia de la ejecución del tribuno, produjo generoso movimiento de intercesión en el Congreso y en diversas esferas populares que consiguieron, después de patéticas gestiones, que el reo fuera indultado y conmutada su pena por la de confinamiento a las lejanas y hostiles regiones del Guanay.

\* \* \*

Había mejorado entre tanto la salud del presidente. Declarado fuera de peligro por los médicos, fue indescriptible el júbilo de sus partidarios y el entusiasmo supersticioso atribuyó a un milagro la salvación del caudillo. Porque parecía imposible que sobreviviera al ataque sañudo: el primer disparo en la cabeza no tuvo consecuencias; luego se libro de ser destrozado por las patas herradas del caballo de raza que eludía el cuerpo ensangrentado cuando Morales lo espoleaba; seguidamente el degollador era impedido de consumar su propósito por el mismo que intentó aplastarlo con el bruto; finalmente, el tiro de gracia, sobre la misma nuca, no pasó del cuero cabelludo. ¿No parece obra de la Providencia? Tuvo razón Belzu, ya restablecido de sus heridas, decir con profundo convencimiento: "Diez veces que habrían atentado contra mi no habrían logrado su propósito, porque Dios guarda mi vida; no hay duda, es para algo".

Reasumió el mando supremo mediante pomposo decreto firmado por él y todos los miembros de su gabinete, el 16 de octubre de ese memorable año de 1850, a los cuarenta días

del atentado. Y el decreto fue seguido de una proclama más pomposa aún, con invocaciones a la Divina Providencia.

El “elegido de Dios” había salvado. Pero no sólo la Providencia fue autora del milagro, también contribuyeron los galenos con su ciencia al servicio del caudillo; justo era recompensarles. Se otorgó a todos medallas de oro guarnecidas de brillantes, y el Congreso, en el último día de sus labores, aprobó un proyecto declarando al principal de ellos, Ignacio Cordero, “patriota en grado eminente”. El ascendido a Mayor General.

No terminaron ahí las demostraciones por la salvación del caudillo. Un año después, el 6 de septiembre de 1851, el Parlamento aprobó sin discusión la ley que declaraba “día cívico el 6 de septiembre, como aniversario de la salvación de la causa nacional y del jefe del Estado, Capitán General Manuel Isidoro Belzu”.

Tampoco el “elegido de los pueblos” debía olvidar a la poderosa fuerza de sustentación de su gobierno, cholos aguerridos y heroicos, capaces de todos los sacrificios, que al conjuro de su nombre irrumpían como turbia marea devastadora e inclemente: “Las masas populares —decía el general Belzu en su “Mensaje” al Congreso— han hecho oír su voz y desempeñado su rol espontáneamente; han sofocado revoluciones y combatido por el gobierno constitucional. La aparición de este poder formidable es un hecho social de eminente trascendencia”.

En gran euforia popular y gubernativa, el caudillo volvió a imperar omnipotente después del atentado contra su vida, preciosa para esas turbas que vibraban al conjuro de su nombre, porque supo subyugarlas con promesas, halago; y relucientes monedas derramadas desde los balcones de palacio. La sangre de Belzu vertida “impiamente” fue pagada con sangre inocente en esas horas de desenfreno y venganza, notificación a los adversarios y a la Nación que sobrecogidos de espanto, espectaban el desborde irracional de las pasiones fratricidas.

Y si grande fue el júbilo entre los corifeos, inconsolables lágrimas regaban, en contraste doloroso, las tumbas solitarias de los inmolados, porque de los pechos comprimidos por la angustia, explosionaba en los familiares la impotente protesta, traducida en desesperada angustia y horror.

*Publicado en SUPLEMENTO DOMINGO DE HOY. La Paz, domingo 2 de junio 1985. Páginas: 8, 9,10 y 11.*